

CÓMO HACERSE MAYOR SIN VOLVERSE UN GRUÑÓN

LEOPOLDO
ABADÍA



CÓMO HACERSE MAYOR SIN VOLVERSE UN GRUÑÓN

**LEOPOLDO
ABADÍA**

ESPASA

© Leopoldo Abadía Pocino, 2014
© Espasa Libros S. L. U., 2014

Fotografía de cubierta: Joan Tomás

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 17.860-2014
ISBN: 978-84-670-4298-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflcencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

MANUAL DE INSTRUCCIONES	13
MI ÍNDICE DESORDENADO	17
UN ÚLTIMO APUNTE: CÓMO LEER ESTE LIBRO	23
1. DE LEOPOLDO A LEOPOLDO 2.0	25
La carrocería, que ahora se llama <i>hardware</i>	27
El conjunto de nervios. O sea, lo que no se ve: o sea, el <i>software</i>	30
Aprendiendo a usar Leopoldo 2.0	32
Cómo funciona Leopoldo 2.0	36
2. NACÍ EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO PASADO. ¿DE QUÉ VA LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO AC- TUAL?	39
Saber ocupa lugar... y tiempo. Vete por las ramas ..	44

3.	SI DICES COSAS, QUE SEAN FUNDADAS	49
	Lo que me gusta y lo que no me gusta (I)	54
	Me voy por las ramas: el odio	56
	Lo que me gusta y lo que no me gusta (II)	57
4.	LOS VIEJOS TRABAJAMOS MÁS QUE ANTES	61
	La conciliación	65
	Mi cambio de trabajo	68
	La humildad	70
	Tantos años trabajando no me permiten dejar de trabajar, aunque sea una forma de trabajar dis- tinta	73
	Una falsedad: los <i>winners</i>	77
5.	NOSOTROS, ¿QUÉ ÉRAMOS?	81
	Las batallitas	87
	Esto no solo pasa en la familia	89
	Cosas que me gustaría recordar habitualmente ..	91
6.	UN VIEJO SABE ESTAR A LA ALTURA Y CONOCE SUS LIMITACIONES	93
	Para servir, servir... y dejarse servir	97
	Sin complejos	99
7.	MIS VIEJAS IDEAS PUEDEN SONAR A NUEVAS	103
	Una preocupación: el sentido común. Explica- ción de lo de «versión antigua»	108
8.	EL VIEJO SABE LEER EL PARTIDO, COMO MÍCHEL ..	143
	Abuelo, ¡no te metas en política! ¿O sí?	146
	Servidores del pueblo	147

Definiciones de política	148
Las castas: la política	153
Las castas: la financiera	155
Los trapos	156
9. EL VIEJO TIENE TANTAS COSAS QUE HACER QUE NO TIENE TIEMPO PARA SER VIEJO	159
Pero esto cuesta...	164
10. COSAS QUE REVOLOTEAN ALREDEDOR DE UN VIEJO	167
Los viejos no pertenecemos a una raza especial ...	169
De niño a viejo	172
Con poca frecuencia	172
Esto cuesta	174
Hablando del iPad	176
Mis amigos	177
La importancia de ser majo	181
11. «Y AL FINAL, LAS COSAS QUEDAN, LAS GENTES SE VAN», QUE DIRÍA JULITO	185
Mis planes de futuro	190
El cortoplacismo	193
La muerte	195
Y peor aún	197
Hablo de mí	198
Mis últimas voluntades	199
Un último apunte para los viejos	202
EPÍLOGO	203
ANEXO	205

1

DE LEOPOLDO A LEOPOLDO 2.0

LA CARROCERÍA,
QUE AHORA SE LLAMA *HARDWARE*

Y el viejo —o sea, yo— se rompió la cadera... Iba directo a dar una conferencia. En su trayecto se colaron un par de escalones de hotel, de esos que había bajado cientos de veces en su vida. Y el viejo se rompió la cadera en una inoportuna y violenta caída.

Tras el trompazo, el viejo se mantuvo fiel a su «Aquí no pasa nada» que suena más a «Aquí ha pasado algo, pero quiero que no haya pasado nada». Se animó a sí mismo, diciendo que daría esa conferencia aunque fuera sentado. El sentido del deber, lo llaman. Le entraron temblores. Hizo una pausa al levantarse del suelo. Pidió un café cargado. Siguieron los temblores. Otro café cargado. El director del hotel donde se había caído llamó a una ambulancia. Se acabó la conferencia.

Al viejo y a su cadera los operaron al día siguiente. Lo hicieron un puñado de médicos amigos, más que competentes. De hecho, muy competentes. Operación rápida. Recuperación rápida. Y a casa. El *hardware* —o sea, la carrocería—, la «parte robusta» de la máquina, fue renovado con éxito.

Muchos amigos le hicieron la misma pregunta:

—¿Te caíste porque se rompió el hueso o se rompió el hueso porque te caíste?

En otras palabras: ¿los ochenta años han hecho *crack* o ha sido un accidente?

Él volvió a recordar que había pisado mal los dos escalones por los que había pasado cientos de veces, y eso le tranquilizó. El hueso no se rompió. Lo rompió.

Cuando la gente hace preguntas así, uno piensa que podía haber sido de la otra manera. Que a los ochenta años ya iba siendo hora de romperse la cadera, el fémur o algo.

Y hace muy poco, elucubrando, escribió una frase que podía ser titular de periódico: «Se hace de noche. Quizá va siendo hora de pensar en cerrar la tienda». Está claro que el viejo no tiene muchas ganas de cerrar. Dice «quizá», «hora de pensar», en lugar de: «Se acabó. Se cierra la tienda».

El viejo, en el fondo, piensa: «Hombre, sí, ya soy mayor, pero si me mantengo físicamente bien, si discurro relativamente bien, si no digo demasiadas tonterías, ¿por qué he de cerrar la tienda?».

Seguramente hay algo más profundo. ¿Qué quiere decir «cerrar la tienda»? Quiere decir no abrirla cada maña-

na y no cerrarla por la noche. No atender a los clientes. No renovar el género. Añorar el tiempo pasado —«Cuando yo tenía una tienda...»—. O sea, tomar la decisión de hacerse viejo. Decisión irreversible. Porque cuando uno se hace viejo, se hace viejo. Punto.

Yo me hice más viejo en esa caída. Pero no fue algo malo, aunque cueste creerlo. Pasé a una versión más evolucionada de mi vida. Como ahora a todas las cosas que están a la última y que son muy modernas las llaman «lo que sea 2.0», yo comencé a ser una especie de Leopoldo 2.0. Una versión posiblemente mejorada, aumentada y actualizada. Y con un toque *vintage* —es decir, de aspecto encantadoramente antiguo y nostálgico— y retro, que tan de moda está ahora.

Y cuando leo recetas para defenderse de la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental, me digo: «¡Cuidado, Leopoldo, que estás en la edad peligrosa! Haz lo que sea para evitar eso, porque un mozo de ochenta años con vejez de espíritu, aridez de corazón y anquilosis mental tiene que ser forzosamente un gruñón. Y a los gruñones no les aguanta ni su padre, en primer lugar porque ellos no se aguantan a sí mismos».

Hay quien dice que si no te haces viejo a los ochenta, cuándo te vas a hacer. ¡Como si fuese obligatorio! Y no lo es. Por fuera, sí. Es que vienen los años y se amontonan, uno detrás de otro. Pero por dentro, no, porque se puede ser joven con carcasa de viejo, lo mismo que viejo con carcasa —falsa— de joven. Inaguantable. Por eso me encanta lo *vintage*.

O sea, que después de la caída, de la operación y de la recuperación, uno decide que no vuelve a pensar en los ochenta años y que sigue. Quizá cojee ligeramente. Quizá el bastón no le acabe de convencer, aunque todos le digan lo elegante que está. Quizá mire con más cuidado los escalones. Quizá los demás le vigilen más, con cierto disimulo. Quizá esa vigilancia le moleste un poco, pero en el fondo la agradece, lo mismo que agradece al director del hotel que pusiera unas tiras de plástico de color claro en los escalones negros para avisar a los que pasasen por aquí que un señor se cayó y se fracturó la cadera.

O sea, que después de la caída, el viejo —yo— sigue en pie. Y esto no es ninguna tontería.

EL CONJUNTO DE NERVIOS.

O SEA, LO QUE NO SE VE: O SEA, EL SOFTWARE

Pero como muchas veces las máquinas te piden que no solo cambies la parte robusta, sino también que actualices la parte más suave —los programas, el sistema operativo..., en definitiva, aquella que hace que la máquina actúe, sienta, sonría y piense—, pues el Leopoldo 2.0, renovado pero *vintage*, recibe una alerta que dice: «Es necesario poner a prueba sus nervios».

Y así, un domingo, al regresar de pasar el fin de semana fuera, siendo mi nuevo yo, Leopoldo 2.0, actualizado pero *vintage*, me encontré con un contratiempo convertido en prueba para mi fuerza mental. Mi piso de Barcelona se estaba quemando. Incrédulo, emití un «¡No puede ser!»

mientras veía las llamas y el denso humo desde la calle —por cierto, repleta de curiosos—. Mentalmente conté los pisos hasta llegar al quinto. ¡El nuestro! Sí. El nuestro. El piso, formado por dos unidos — en algún sitio había que meter a los doce hijos— ardía de forma descontrolada. Los bomberos trabajaron incansablemente hasta que consiguieron apagarlo.

Uno de los dos pisos se ha quemado del todo. El teléfono de pared está completamente derretido. Daliniano. El despacho, el centro mundial de Leopoldo 2.0, ha quedado mal. Muy mal. Las fotos de la pared se han salvado porque el primer bombero que entró pensó que aquello había que salvarlo. Un detalle de finura. No se limitó a apagar el fuego. Quiso respetar lo que él consideró respetable. Consideración acertadísima, por otra parte, que define lo que es un trabajo bien hecho.

El otro piso está chamuscado. La ropa, con olor; los libros, sucios; las estanterías, con una capa pegajosa de hollín. Los cuadros, los recuerdos, las alfombras, los muebles..., o sea, un conjunto importante de vida ha quedado bajo una capa de negro polvo.

Subí los cinco pisos caminando, con gran satisfacción por aquello del *hardware* renovado. El bombero jefe nos enseñó las dos devastaciones del incendio: la del propio fuego y la de ellos apagándolo en dura lucha. Bienvenida esa lucha. Me senté en un sofá ennegrecido, no sin antes ir a la también ennegrecida cocina, prepararme un *gin-tonic* ahumado y tomar unas patatas fritas sabor chamusquina que me dejaron las manos llenas de hollín. ¡Cómo me dejarían el estómago!

Como el *software* a veces tarda un rato en instalarse, la idea de quedarnos a dormir entre escombros se descartó, y me fui con mi mujer a casa de mis hijos, que viven cerca, y allí estuvimos durante cuatro días increíbles de cariño, de atención, de cederte la cama de matrimonio con cara de que no te ceden nada. La casa está habitada por siete niños pequeños, deliciosos, que corren y gritan continuamente, y que a mí, abuelo en toda regla, me suena a música celestial.

Y es cuando noté una descarga de adrenalina al ver a esos hijos y a esos nietos felices de echar una mano a sus abuelos. El *software* se estaba instalando poco a poco —«Algo habré hecho yo para que sean así», pensé—. Y, de pronto, el susto, los nervios, la adrenalina y la felicidad vividas de forma intensa e inesperada empiezan a formar parte de ese Leopoldo 2.0 más sensible y más orgulloso de poder salir delante con la ayuda de los suyos.

APRENDIENDO A USAR LEOPOLDO 2.0

Estoy leyendo una novela de Ludlum, de las de antes de que se muriera Ludlum. Siempre me han gustado las novelas de tiros, que, por lo descabelladas, no son de violencia. Un señor que mata a un batallón con una pistola a la que nunca se le agotan las municiones no es violencia. Es una fantasmada que no hace daño a nadie. Además, por la noche necesito algo que no me haga discurrir. Ya discurro durante el día, y así me mantengo en forma. Por la noche trato de leer algo fácil —aunque haya diez asesi-

natos y demasiados personajes— y espero a que las líneas del libro empiecen a ponerse unas encima de otras, lo que quiere decir que me estoy durmiendo.

Esta vez el protagonista es Ambler, un espía peligroso que sabe demasiado. Le han ingresado en un psiquiátrico para quitárselo de encima, le han dado un número, le han borrado el nombre... Al cabo de los meses encuentra un espejo, se mira por primera vez ¡y no se reconoce! ¡También le han cambiado la cara! Por dentro sigue siendo Ambler. Por fuera es otro. Y entre el cambio de cara, los medicamentos que le han dado, la huida a bofetadas y algún tiro que otro llega un momento en el que todo lo de alrededor, incluida su cara, le dice a Ambler que no es Ambler, aunque él, por dentro, sabe que sí. Podía acabar la historia diciendo que con este lío no es extraño que me duerma pronto. Y tampoco sería extraño que durmiera mal y tuviera pesadillas. Pero no. Gracias a Dios, y a una pastilla suave que me recetaron, duermo muy bien.

Eso sí, me cuesta un poco más de esfuerzo levantarme. No hace mucho —creo yo— sonaba el despertador y me levantaba de un salto. Ahora no salto por lo de la cadera y porque, en ese momento, los ochenta años se distribuyen por el cuerpo, tirando de él hacia abajo. Me levanto como puedo y mientras me cepillo los dientes me miro en el espejo. Me reconozco, porque soy el mismo de ayer.

Hace muy poco vi una foto, coloreada, de mi primera comunión, de aquellas antiguas con uniforme de marinero, un lazo en la manga, un guante en una mano y la otra sin guante, sosteniendo un misal blanco, y pensé: «¡Cómo pasa el tiempo!».

Seguramente ahora me gusto más que en la foto de la primera comunión, porque me encuentro como más natural, aunque creo que, aparte del traje y de los adornos, algo ha cambiado.

Ha cambiado por fuera, porque por dentro sé que soy el mismo; recuerdo cómo me temblaban las piernas cuando daba gracias después de recibir la comunión y lo contento que estaba, y lo contentos que estaban mis padres, aquellos chicos jóvenes que ya hace muchos años que se fueron para siempre.

Pero me siento un poco como Ambler. Porque ese señor mayor, somnoliento, despeinado, que, cuando sale de la ducha se peina, se afeita y se pone la loción que hace que su hija Mage diga que «huelas a papá», y que luego se arregla y se pone camisa y corbata, y un pasador que le regaló un hijo, y da una conferencia y la gente le aplaude y él lo agradece y se lo pasa bien, es el mismo de la primera comunión, que era callado, tímido y que se vestía según lo que le dijera su mamá. O sea, que de nuevo Leopoldo ha pasado a ser Leopoldo 2.0, más actualizado, pero *vintage*, y está en continuo aprendizaje para poder sacar el máximo provecho.

Soy el mismo, pero mejorado. Y en este momento copio un párrafo de este libro, que, a pesar de que han transcurrido unas páginas sigue vigente:

«O sea, que después de la caída, de la operación y de la recuperación, uno decide que no vuelve a pensar en los ochenta años y que sigue. Quizá cojee ligeramente. Quizá el bastón no le acabe de convencer, aunque todos le digan lo elegante que está. Quizá mire con más cuida-

do los escalones. Quizá los demás le vigilen más, con cierto disimulo. Quizá esa vigilancia le moleste un poco, pero en el fondo la agradece, lo mismo que agradece al director del hotel que pusiese unas tiras de plástico de color claro en los escalones negros para avisar a los que pasasen que aquí que un señor se cayó y se fracturó la cadera».

Bajo con cuidado los escalones y olfateo de vez en cuando mi casa, mi parroquia, y hasta el Nou Camp por si acaso huele a quemado, porque, aunque crea que el incendio no me ha afectado, sí que me ha dejado un poco más sensible. He estado a punto de escribir «un poco más viejo», pero no me ha dado la gana. Más sensible. Ese es el nuevo *software* que tengo instalado.

Estoy contento porque no he «acumulado» los problemas. «Acumular» es lo que algunos, buenas personas, piensan cuando le dicen:

—¡Vaya año!, ¡parece usted el santo Job!

No he «acumulado». Es decir, no he pensado: «Y después de lo de la cadera ¡ahora esto!». Sino, simplemente: «¡Vaya, hoy me he roto la cadera!». Y, al cabo de unos meses: «¡Vaya, hoy se ha quemado mi casa!».

Reconozco que sí he dado gracias a Dios, porque hace cuarenta años construimos la casa de San Quirico para conseguir que los doce hijos salieran al monte y se desfogaran por allí haciendo toda clase de locuras. Echo de menos a Helmut, el perro, un hijo más, que sonreía —ladrando, pero sonreía— cuando había alguna alegría o algún jolgorio familiar y ponía cara de pena cuando algo no iba del todo fino. Helmut murió, y mi mujer y yo no nos sen-

timos con fuerzas para traer otro Helmut a casa. Pero con mucha frecuencia le añoramos.

Pues sí, la casa de San Quirico ha servido como refugio. Es grande, más que la de Barcelona, está montada para vivir y allí estamos. Y allí se escribe este libro —como todos los anteriores—. Y una vez más aparecerá el nombre de San Quirico —pueblo imaginario— al final.

Allí es donde aprendo a utilizar mi nueva cadera —*hardware*— y a dominar mi nuevo carácter más sensible —*software*— para que Leopoldo 2.0 siga estando más actualizado... Pero manteniendo su toque *vintage*.

CÓMO FUNCIONA LEOPOLDO 2.0

Pues sí, aquí estoy, con la cadera arreglada, con una prótesis que pita en el arco de seguridad de los aeropuertos y que hace que me cacheen y que, al cabo de varios cacheos me haga amigo del cacheador, que invariablemente me pregunta:

—¿Saldremos de esta?

Siempre digo que sí, que saldremos. Y que solo admito una pregunta. Así evito que me hagan la segunda: ¿cuándo?

Guardo con cierto orgullo la fotocopia de la radiografía que me regaló el médico que me operó:

—Ahí tienes la versión del nuevo Leopoldo, el Leopoldo 2.0.

Voy con un bastón que me da cierto aire de elegancia británica. Vivo en San Quirico, que pronto se llenará de

gente. Por lo pronto ya se ha llenado de cajas en las que mis hijos Gonzalo y Alfonso, con mascarillas, porque si no se asfixiaban, han tenido la santa paciencia de llenarlas de todas las figuritas, recuercitos y cositas que había en las vitrinas —por ejemplo, el primer móvil que tuve— del piso incendiando y que luego habrá que limpiar uno por uno para que queden presentables.

Observo atentamente la actividad de la familia para hacer agradable algo tan desagradable como limpiar de hollín los recuerdos de una vida. No participo de la limpieza porque se trata de ayudar... y con mi «destreza» no soy buena mano de obra. Cuando a mi mujer y a mis hijos les veo limpiar la plata con un cepillo de dientes viejo mojado con Tarni-Shield, me admiro. ¡No sabía cuánta plata teníamos! Plata en forma de ceniceritos, patitos, cisnes, hojitas, etc., producto de regalos que nos han ido haciendo, la mayor parte cuando nos casamos, pero que metidos en la vitrina se habían conservado bien hasta ahora.

Habrà que tirar bastantes libros a la basura, porque la receta para quitarles el olor —pasar la vaporeta por cada una de las páginas— es claramente inviable. A mí, como nuevo Leopoldo 2.0, me cuesta mucho desprenderme de cosas que tienen valor sentimental. Y a veces no lo veo claro. Por eso tampoco participo en la selección de libros que se pueden salvar. Se trata, de nuevo, de ser de ayuda y en ese sentido me costaría mucho serlo.

De la misma manera que no me interesa profundizar en todo el proceso de reforma del piso que quedó arrasado por el fuego. Y es porque mi capacidad para opinar y decidir es menos experta. Sí que informo de cómo me

gustaría que fuera el nuevo piso —cuanto más parecido al viejo mejor—, y mis hijos, menos mal, me hacen caso y toman nota. No sé cómo se le quitará el mal olor. Estuve hace poco y me pareció que olía menos, aunque cinco minutos más tarde me empezó a doler la cabeza, mientras mis hijos, con mascarilla, seguían envolviendo cosas.

Los amigos, ahora, me hacen otra pregunta:

—¿Cuándo podréis volver a vuestro piso de Barcelona?

Es una pregunta difícil de contestar, menos que la de «Cuándo se acabará esto» y, objetivamente, de mucha menos importancia. Ya han pasado los peritos, están aprobando los presupuestos y están preparados los equipos de albañiles, electricistas, los del agua, el gas, el parque, los pintores... En el momento en que se pongan en marcha, habrá fecha. Más o menos aproximada. Por ahora, cuando me lo preguntan, contesto como cuando me preguntan lo otro, lo importante:

—Esto será largo, largo, largo.

Y así es como funciono hoy en día. No queriendo molestar, ayudando en todo lo que pueda y sabiendo que a base de contratiempos encuentro más motivos para estar muy feliz.